

En ascenso y a pie

Haydée Párima
Universidad de Oriente
haydeeparima@gmail.com

Fecha de recepción: 2 de noviembre de 2016

Fecha de aprobación: 26 de febrero de 2017

Resumen: Este artículo llama la atención en la novela *Historias de la marcha a pie* (1997), de Victoria de Stefano, un auténtico vertedero de viajes, en traqueteantes trenes repletos, autobuses averiados, barcos a medio naufragar, pero sobre todo a pie, que pone de relieve un carácter marcadamente espacial, recurriendo a un interesante juego de sinonimia del viaje, de metaforización, a una circularidad fomentada por las frases repetidas cada cierto tiempo en ritornelo, o por las historias, hechura ellas de las más disímiles marchas y contramarchas, interrumpidas o abandonadas y vueltas a retomar desde una conciencia entregada al recuerdo, a la reflexión e incluso al ensueño. El protagonista se desplaza en una caminata que tiene una doble significación: transpone los límites del relato y, como en un espejo, se reduplica en el libro ficticio.

Descriptores: Espacialidad narrativa, analepsis externa, trayectoria y viaje narrativo.

Ascending, and by foot

Abstract: This article focuses its attention in the novel *Historias de la marcha a pie* (1997), by Victoria de Stefano. This novel is a diverse collection of trips in rattling crowded trains, rickety buses, severely damaged ships, but mainly of trips by foot. This fact gives a markedly spatial character to the novel, which resorts to an interesting game that explores the symbolic possibilities of the act of traveling. Elements like metaphorization, phrases repeated in some kind of ritornello, stories about the most unlike marches and counter-marches which are interrupted or abandoned and retaken by a consciousness committed to the act of remembering, reflecting or even day dreaming; abound in this novel. The main character sets for in a journey that has a double meaning: it trespasses the limits of the story, and, as a mirror, it reduplicates itself in the fictional book.

Keywords: Narrative spatiality, external analepsis, trajectory, narrative journey.

Arriba... su hermosa y variada vida,
arriba su gentil Ática y su Arcadia. Arriba, su Himeto y su Licabeto... Abajo, el festín de la vida que come la vida y regurgita la muerte. Abajo la tierra seca y gastada, la tierra exhausta. La tierra baldía... Abajo, los grandes fundamentos que sirven de apoyo a lo que asciende al tope de la aguja, al palo mayor, a la cofa, al castillo de proa, al extremo del faro, a las posiciones más extremas preñadas de significados simbólicos...

Victoria de Stefano, Lluvia

Finalista de la undécima edición del premio Rómulo Gallegos (1999), *Historias de la marcha a pie* (1997), de Victoria de Stefano, comprende el lentísimo -paso a paso- desplazamiento y la prolongada espera ulterior de la narradora para satisfacer el llamado urgente del amigo enfermo, cuyo discurso, ausente de cualquier premura, abarca ni siquiera nueve de las doscientas sesenta páginas de la novela, a efectos de la cual la importancia capital del encuentro se condensa en el enunciado del anciano, orden y ruego a la vez, “Escribe, escribe sobre mí como el difunto que soy”.

Registrada la vuelta a casa, concluye la novela inmediatamente después de comentar la escritora -revela entonces abiertamente su condición-, que le “llevó dos años y tres meses escribir los episodios” e, imprimiendo sin duda significación de transcurso temporal a la frase, añade, “entre tanto ya Bernardo estaba muerto y enterrado”.

El relato se inscribe en una trayectoria que comprende el desplazamiento en ascenso y a pie, desde la página siete hasta la cincuenta y ocho, la espera, desde la página cincuenta y nueve hasta la doscientos cincuenta y el encuentro, desde la página doscientos cincuenta a la doscientos cincuenta y nueve. Los tres hitos deslindados configuran en conjunto la historia propiamente dicha, pero sólo en los dos primeros se producen las grandes retrospectivas y, mayoritariamente, siguiendo la clasificación de Gérard Genette, se trataría de analepsis externas, en tanto lo recordado transpone los linderos temporales de la trayectoria.

Auténtico vertedero de viajes, en traqueteantes trenes repletos, autobuses averiados, barcos a medio naufragar, pero sobre

todo a pie, la novela posee un carácter marcadamente espacial, a cuyo favor obran la recurrente sinonimia del viaje, su metafóricación, la circularidad fomentada por las frases repetidas cada cierto tiempo en ritornelo, o por las historias, hechura ellas de las más disímiles marchas y contramarchas, interrumpidas o abandonadas y vueltas a retomar desde una conciencia entregada al recuerdo, a la reflexión e incluso al ensueño.

Viajes, viajes y más viajes.

La desgarradora vida de la escritora en Argel, el primer recuerdo, promovido por el cansancio y la asociación con aquella otra cuesta que había de remontar, veinticinco años atrás, antes de bajar al lugar en que vivía en la profundidad de los infiernos. Las brevísimas escapadas en excursión por las ciudades del desierto. El encuentro con el holandés errante Franz Rotem y su idea según la cual la humanidad se hallaba asentada sobre un osario recibido en herencia. El hermano, exiliado de su pasado de “jaldador y removedor de cadáveres” en Auschwitz. La coincidencia en un cementerio parisino con George Bilfinger, el australiano de ninguna y de todas las ciudades del mundo, en incansable pesquisa tras las tumbas de aquellos -pintores, poetas historiadores, filósofos, escritores-, que tocados por la inmortalidad, habían burlado a la muerte. Y, entre una y otra reflexión, entre uno y otro hallazgo memorioso, la desoladora historia, ascenso y caída a un tiempo, del profesor de química.

Viajes, viajes y más viajes.

No en vano el recorrido se cumple subiendo una cuesta en cuya cota más alta, a los efectos de esa trayectoria particular, se hallaría el emplazamiento de la espera, la acogedora casa de Bernardo, contrastada de inmediato con aquel agujero donde vivió la narradora en París y cuyo acceso, escaleras arriba, engendraba, tal el de Argel, pesadumbre y fatiga.

El inicio de la que será una larga espera dentro del espacio conclusivo de la caminata en cuesta, marcado por la ignorancia sobre la salud del amigo, trae consigo antiguas vivencias en torno a la vejez, la enfermedad y la muerte, tópicos que ocupan un extenso volumen en las reflexiones y que, indisolublemente adheridos a la vida, se hallan desde el punto de vista simbólico emparentados con el viaje. Las tres historias rememoradas, comenzado el trecho de ingreso al interior, donde por cierto se gesta una muerte, se refieren justamente a enfermos en estado terminal.

Al fin, un rasgo de la narradora que la hacía proclive a ausentarse de la realidad y a evadirse en vuelo al lugar “donde se forman las quimeras”, introduce las historias de las que Bernardo, con tanto celo durante diez años de amistad la hiciera depositaria como si a su biografía se dirigiera. La suya propia -sueños incluidos-, la de su madre y la de la prima Raimunda, hecha como las demás de migraciones y mudanzas a lo largo de la vida, unidas sin transición a aquellas durante las cuales Raimunda, parecidamente a la narradora, desprendida de su cuerpo, trascendido el espacio y abolida la gravedad por minutos y a veces por horas, en genuinos ascensos extáticos, recorría localidades desconocidas instalada sobre la alfombra mágica de su imaginación.

Viajes, viajes y más viajes.

Si bien cuantitativamente más amplia que la sección de desplazamiento, la sección de espera sufre una interrupción ubicada un poco más allá de la mitad, porque la narradora, agobiada por “el mal de muerte” al que se aproxima y sin haber superado el cansancio del reciente tránsito ascendente, adhiere, compendiados en treinta y dos páginas, viejos recuerdos evocados en la etapa de la cuesta pero elididos en su oportunidad.

Contrariamente a lo que pudiera suponerse no se trata de la clásica analepsis externa, el procedimiento se aproximaría más bien, salvando todas las distancias posibles, al tipo denominado por Genette analepsis interna, porque sin importar que el contenido de la recordación excede los límites temporales del relato dentro del cual se inserta, había sido previamente recordado por el personaje mientras realizaba una etapa de la trayectoria.

Además de completar experiencias de rememoración expuesta durante el ascenso y cerrar cierto ciclo histórico -“las peripecias del capítulo africano”- el recurso cumple, a nuestra manera de ver, un cometido de mayor envergadura.

Al margen de la postergación real del encuentro, esta particular analepsis es por sí misma una forma discursiva retardante que le permite a la narradora diferir la confrontación, sustraerse a la inmediatez y enmascarar o más bien velar la espera. Paralelamente, tal vez porque no irrumpe con violencia en la cronología de la trayectoria y debido a que la extensa duración y la original adherencia a la cuesta ocultan el lugar donde reaparece, la analepsis -y esto es crucial a los efectos semánticos del relato- termina provocando cierta distorsión espacio-temporal gracias a la cual se sobredimensiona el movimiento ascendente, de manera que las proporciones de la caminata sobre la cuesta lucen de una amplitud enorme si se compara con las del estadio de la detención.

Los dos aspectos simbólicos prendidos al ascenso, uno objetivo, espacial -de hecho vertical-, y el otro interno, vinculado a la trascendencia espiritual, integran en Historias de la marcha a pie su dualidad significativa, porque el viaje interior, recordatorio y reflexivo -de calidad por lo tanto ascendente- implica la recuperación de historias vinculadas al abrumador y, con toda propiedad análogo de la cuesta, camino -paso a paso- de la vida.

La narración es la narración de lo que se ha interiorizado, es decir, de las historias de la marcha a pie a lo largo y a lo alto de la empinada, ardua, dificultosa cuesta descrita por la empresa de vivir. Historias que no de viajes, más bien de exilios, de errancias sin tregua. Dolorosas, solitarias travesías, sin bienvenidas a ningún lugar y sin largas despedidas, si acaso con esbozados adioses seguidos de inmediato al brevísimo encuentro. En cuesta siempre, hacia arriba por lo que toca a la vida, hacia arriba por lo que toca al espíritu forjado mientras dura la vida.

El hecho mismo de que el desplazamiento sobre el cual se construye el relato se realice a pie y que incluso a la espera penetren trechos evocados por la memoria durante la marcha en cuesta, magnífica -como dijéramos- las dimensiones de este espacio, otorgándole tal extensión y tal poder de encubrimiento que impide una clara conciencia respecto a si el personaje ha arribado a una zona de descanso o si la marcha se extiende al relato entero. Sobre todo porque en la estancia de la espera la narradora pareciera mantener mayoritariamente la posición de pie, explícitamente abandonada en el encuentro, luego de que el anciano la

forzara a servirle de apoyo mientras se desplazan sobre el terreno irregular del jardín. Y una vez más, casi al fin de novela, de regreso en su casa se muestra en posición sedente frente al escritorio, no como quien se dispone al reposo después de una larga jornada sino más bien como quien se toma una tregua para la próxima cuesta.

Marcha en ascenso a pie y postura pedestre son a nuestros ojos de importancia capital a instancias del relato, porque en ambos casos los extremos de la vertical del cuerpo apuntan hacia una significación opuesta. No importa si en detención o en movimiento, la cabeza, el asiento de la memoria, del conocimiento y en definitiva de la vida interior en su totalidad, se dirige hacia arriba, hacia el cielo. Opuestos a ella, los pies sujetos al territorio, a la vida material, e incluso portadores de vida, en tanto constituyen el medio a partir del cual se producen los desplazamientos en el espacio exterior. De manera que, además de sustentar el otro extremo, más allá de la literalidad determinada por su calidad de soporte, ellos son los responsables del recorrido, de todos los recorridos y por lo tanto generan el alimento para ese opuesto suyo que se nutre de camino. Un camino trazado justo sobre el osario donde inexorablemente irán a parar en su totalidad las peregrinaciones sin importar los alargados rodeos en las idas y venidas antes de completar el agotador trayecto.

En cuanto a la doble significación de la caminata en cuesta, transpone los límites del relato y, como en un espejo, se reduplica en el libro ficticio concluido en la última página de la novela, forjada desde los penosos días en la miserable habitación de Argel, “a pesar de las evidencias, ni cárcel ni catafalco, sino el refugio en que hibernaba acopiando fuerzas”, protegiendo su espíritu, porque tras aquellos “gastos de la pobreza” aguardaban banquetes de frutos en sazón.

La vertical marca el origen de la novela y su fatigosa fragua, ascenso y marcha a pie, paso a paso hacia arriba, por lo que toca al espíritu creador, paso a paso hacia arriba por lo que toca a la vida consumida.

Viajes, viajes y más viajes.

Bibliografía

De Stefano, Victoria (1997). *Historias de la marcha a pie*. Caracas: Oscar Todtmann Editores.

Cirlot, Juan-Eduardo (1978). *Diccionario de símbolos*. Barcelona: Editorial Labor.

Elides Mircea (1997). *El vuelo mágico*. Madrid, Ediciones Siruela.

Génette, Gérard (1989). *Figuras II*. Barcelona: Editorial Lumen.

Gulon, Ricardo (1980). *Espacio y novela*. Barcelona: Antonio Bosch Editor.